

# Un mundo sin Brasil

Imma Turbau

Crecí convencida de que el mundo sin Brasil sería un lugar mucho peor. En realidad, crecí convencida de que el mundo sin Brasil, sin García Márquez y sin setas sería un lugar tan malo que no valdría la pena vivir. No digo que siga pensando exactamente igual, porque con los años uno, si no se vuelve totalmente rígido, deja entrar muchas cosas en su vida, pero no andaba muy lejos de lo que todavía pienso. Y no debo desviarme de Brasil.

Todo fue por Jobim. Tom Jobim. Antônio Carlos Jobim. Aunque claro, yo tardé un montón de años en saber que Tom Jobim y Antônio Carlos Jobim eran la misma persona. Más bien tardé un montón de años en confirmarlo, porque siempre lo sospeché, o lo supe. Pero me daba vergüenza preguntar. Era en esas edades.

Con seis años yo sabía alcanzar un estado de gracia, un estado de gracia que no se gastaba, que podía repetir a mi antojo, que me transportaba en unos raptos que si hubiera tenido más vocabulario habría llamado no sé cómo, aún me faltan palabras. Pero estado de gracia lo define bien, y recuerdo que entonces ya los llamaba así, sería una expresión que había oído en la iglesia y que no dudé en adoptar para denominar a los momentos en que no había nadie en casa y ponía el cassette que tenía «Águas de março» y me ponía a cantar sobre las voces de Elis Regina y Jobim, terminaba por susurrar la canción del embeleso que me producía, y al final improvisaban, se lo pasaban tan bien, reían en la canción. Y yo sabía que no se podía estar mejor. Me sabía la letra de memoria, y aunque no tenía ni idea de lo que decía sí tenía muy claro lo que quería decir. Sólo con recordarlo me llega toda la felicidad del mundo.

Mi país imaginario es Brasil. El lugar al que me gusta pensar que puedo volver, sin haber ido nunca. He pasado miles de horas de mi vida en Brasil, en la música, en los libros, en las películas, incluso en el fútbol. He vivido en mil carnavales, con Orfeu y sin él, en el sambódromo, en Copacabana, frente a la playa interminable y las mujeres que no pueden existir, porque hacen hacer canciones como «Garota de Ipanema», en las líneas imposibles de Brasilia y los sueños de la razón, y en los hombres que van a un país nuevo para llevar a cabo grandes cosas, cosas que siglos después siguen importando. Es la belleza del movimiento de Pelé, nadie que haya crecido amando a Pelé, como es mandado en las personas de verdad, puede después ser un intolerante, creerse puro, desear castigar a los diferentes. Qué bien que existe Brasil, que me enseñó el Amazonas, los primeros indígenas que conocí, el Mato Grosso de resonancias épicas en la infancia, el Pao de Açúcar, el Cristo Redentor sobre el Cerro del Corcovado, que por cierto, es otra de las más hermosas canciones del mundo.

Cada palabra que entendía en medio de la letra era un regalo maravilloso. Quizá ahí empezó el vicio de buscarlas.

Luego vinieron los libros, *Capitanes de Arena*, de Jorge Amado, que a la edad apropiada es algo muy grande. Los protagonistas tenían mi edad, eran niños. Era mi primer libro de adultos con protagonistas niños. Luego los busqué porque siempre fui una niña que menospreciaba y odiaba la infancia, que quería dejar atrás ese momento y ser por fin mayor. Y crecí un poco más y ya leí *La república de los sueños*, de Nérida Piñón. Y me metí en un barco a Brasil, con dos amigos. Y ya no volví. Me quedé a vivir en Brasil. Y vinieron Maria Bethânia, y Vinicius de Moraes, y sus poemas, y Gilberto Gil, y Baden Powell, y Elis Regina, y Caretano Veloso, Chico Buarque, y Paralamas do Sucesso, Os Mutantes, Adriana Calcanhotto, Daniela Mercury, que una vez me salvó la vida, Enrique Veríssimo, Clarice Lispector, Rubem Fonseca, Marisa Monte, Arto Lindsay, Moacyr Scliar, Machado de Assis, qué sé yo...

Yo vivo en un república, la de los sueños de Nérida Piñón. No tengo otra patria ☺